

DE LO VIVO Y LO PINTADO.

(En una exposición de pinturas de Miguel Copón. Madrid, primavera de 1997).

Donde más resplandece

La luz es en los bordes.
 Cautiva está del límite, a la mano,
 Retrayendo al contraste lo que atrapa
 El trazo sobre un fondo,
 El pulso que va dando
 Levante a la tensión
 Del plano, deslindando
 Fragmentos de blancura
 Entre su apropiación y la distancia.
 Y alumbra entre el umbrío
 Latido de las frondas o en el quedo
 Reposo de las piedras. Y por medio
 El agua fluye

Y fluye

La mucha luz y excede,
 Y torna turbio el contrastado nimbo,
 Emulgente visión en que madura
 Lo allende del diafragma
 Que impregna el parpadeo. Pausa. Fija,
 Desvela un negativo.

El trazo en la fractura

Que tuerce su dolor y se interroga
 Sutura, encuentro y linde.
 Fisura por que el mundo
 A más mundo se abre, se limita:

Como misterio y casa, como palma y cobijo

Del hombre, pozo que parece
 Que aleja más lo que más cerca.
 En circunloquio, más presente está
 —Habla— lo aquí ante nosotros
 Si más renuncia y muda.

Rebulle la cizaña del pincel

Desperdigando mota a mota la blancura,
 Y en esa negación mima un esbozo, finge
 Y finge tanto espacio que es cal hasta los cielos.
 La pincelada ceta los blancos más disimiles
 Cuidadosa de aunar lo que define,
 Al par que por mitad rompe la raya
 La uniforme concordia de lo igual.

Y unce, desdobra, diferencia,
Abre brecha en la albura monocroma,
Se torna compromiso: está sentado,
A la vera de sí, lo mismo
En su discordia.

Ya piedra sobre piedra, el entramado
De la casa del hombre abre el brocal
De algo como un pozo
Aquí, donde lo negro
Ensancha su clausura.

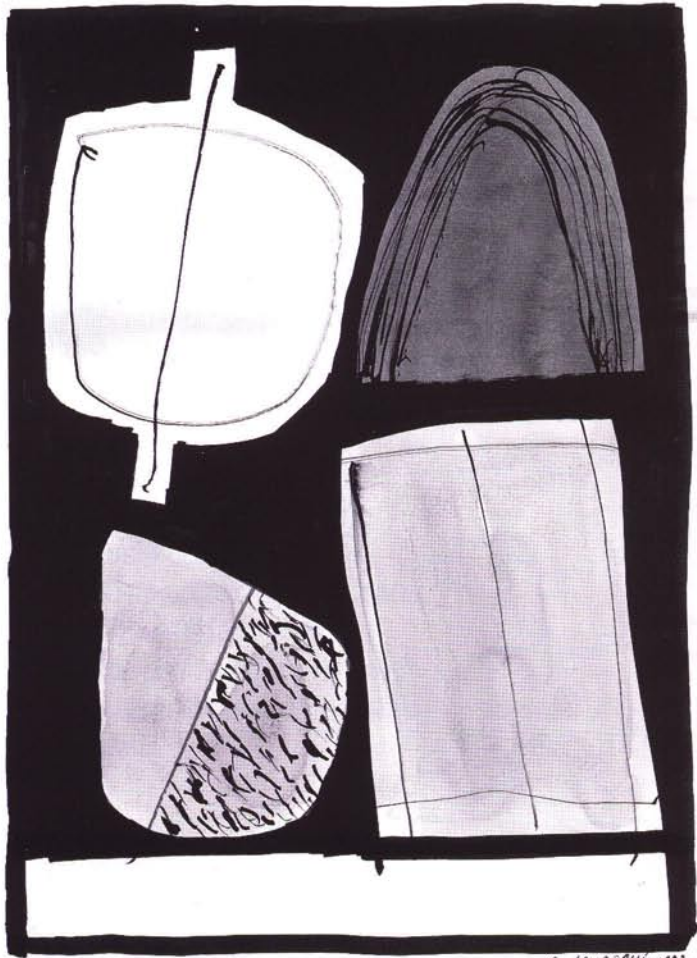
Pero late la luz ante tu frente.
No puedes detenerla, no puedes enfrentarla sin sumirte,
Se estrella albaricosa de perfiles
Y viene que no cabe
De ángel hasta arriba.

El lienzo tensa lo posible, hace
Un sitio al mundo, plasma
El zozobrar umbroso de los robles,
Y el agua que en los cantos salpicantes
Al pájaro eficaz replica y pinta, si inculto entre los ramos,
Enraizado en las sombras minerales: sorbe el oreo
La humedad de la hoja,
Carga de sol en que la savia
Se acalla hasta estos posos.

Las damas y los caballeros
Desperdician las copas de entretantos,
Adocenando canapés pinzados
Con dos dácilios tics bien aprendidos.
Vagabundean los silencios
Pellizcando las cuerdas con hastío
En el salón de vísperas y atisbos.
Pero ahí la pintura da ventana
Al vano demorar de lo inmediato.
Aquello que te muestra es lo que esconde
Y lo que esconde está ya aquí que casi duele.

Está. Y no hay un alma —hablo del hombre—
Por estos andurriales. Y está su casa, sí,
Está mirándonos su puerta ciega, la densa
Textura tenebrosa mirándonos está,
A contraluz nos niega.

Fuga el paisaje atrás su blanco intacto
Y se trasluce y se trastoca
Y viene a iluminar lo que soslaya.



Aceptemos, entonces, esta verdad. Que ciega,
Si verdad, es imagen de entre todos.
Trazo tuerto en el ojo del nosotros
Que no tanto demanda en lo que muestra
Cuanto en lo que, invisible, aquí interroga:

La transparente
Respiración del árbol,
Ese transporte
De la raíz al aire
Que busca entre lo abierto,
Ígnaro de las savias que fermentan
Abajo entre las hazas.
El fuego que arde a oscuras,
El sol que incendia el día,
El rastro del pincel que raya el lienzo.

Y no se indica aquí qué ángulo abriría
el ojo fotofóbico del ciclope
Ante esta luz de cenit que madura
Entre su soledad y lo que llama.

Siendo, entonces, que el hombre permanece
En el denso vacío de su nadie